

¡ARRIBA LAS MUJERES!

por CARLOS FRANCO SODJA / noviembre de 1954

Confesión de un sinaloense proclive al canto: "yo nunca me veré en las películas, eso es para los elegantes y ricos; no para este pobre diablo de cancionerito gacho". La magia de un set cinematográfico. El adiós a los sufrimientos y hambres. Recuento de los días de la gran decisión. Picardía y chamacas francesas

Pedro Infante ya tenía varios años de cantar en teatros, radio y cabarets, cuando lo conoció Antonio Badú el Barchante, el Camelleiro, el más viejo de los actores de cine, el que dicen que se inició con una de las antiguas cámaras de Lumiere; en fin, fuera de broma, el jarabito no pudo resistir al embrujo, a la personalidad que irradiaba Pedro Infante, y andandó también en las ideas artísticas, se convirtió en su amigo.

Pedro Infante fue todo sencillez, lo era cuando lo conoció Badú. El muchachote de Sinaloa, conquistaba de inmediato, invitaba a la amistad, era sincero, ingenuo, blanco en todos sus actos; ya Pedro hablaba de cine, como una de sus más grandes ilusiones y María Luisa lo animaba. Pero para el sinaloense, el ser un artista de cine estaba tan alto, tan alto, que él, Pedro, jamás lograría llegar.

—No, —decía Pedro Infante—, yo nunca me veré en películas, eso queda para los bonitos, para los elegantísimos y ricos, para los guapos y famosos, no para mí, que soy un pobre diablo, cancionerito gacho... para mí eso del cine, es como un cuento de hadas, como visitar el país de las maravillas o el mismo cielo.

—Yo he trabajado ya en varias películas, —le decía el abonero—, un día de estos te voy a llevar a los estudios cinematográficos, para que veas cómo se filman las películas.

Antonio Badú cumplió su palabra y un día llevó a Pedro Infante a los estudios cinematográficos, no recuerdo bien si me contó Pedro que fue en los Clasa o en los San Ángel, pero se filmaba una película musical llamada *La Liga de las Canciones*, que parodiaba a la Liga de las Naciones y para la cual se habían construido en los foros lujosos escenarios. Cuando Pedro Infante y Antonio Badú entraron al foro, se rodaban unas escenas de bailables, grupos en vistosos trajes y, al fondo, un gran avión de vistosa utilería.



Pedro se quedó atónito, maravillado. Había entrado a ese mundo irreal, fantástico, que jamás había soñado. Se quedó boquiabierto, aletado, como aplastado por ese derroche de lujo y de técnica. Grandes reflectores, las cámaras moviéndose, los efectos, las galas del *staff*, las actrices y actores famosos, todo dejó a Pedro mudo de asombro, pasmado.

En un descanso, Badú presentó a Pedro con algunos cineastas que, desde luego, cayeron bajo el impacto de las simpatías del de Sinaloa. Hablaron, rieron y le ofrecieron a Pedro un café.

Después, volvieron a rodarse varias escenas, pero Pedro ya no oyó explicaciones ni nada. Estaba enredado en fabulosos pensamientos, viéndose en ese escenario, rodeado de mujeres hermosas, de gentes que daban órdenes, luces, sonido de *play back* y oído eso con que se hacen las películas.

Con esa impresión inolvidable, Pedro regresó a la casa en donde en ese entonces vivía al lado de María Luisa León. Y pasó varias horas pensando, soñando despierto y, después, vio en sus sueños aquellos escenarios fantásticos, llenos de luces y colores y Antonio Badú, que lo llevaba de la mano. Ya para entonces, Pedro se había hecho un hombre decidido y empeñoso y consideró que después de todo él podía ser también una de esas estrellas que cantan en las películas y comenzó a inclinarse, definitivamente, hacia el cine.

Hizo algunas pruebas, se presentó haciendo *bits*,

cantó en dos o tres películas, para que los productores vieran su figura, la manera de pararse ante las cámaras y los productores técnicos y directores, estuvieron de acuerdo en que el muchacho era un actor natural, que no fingía, que no tenía rebuscamientos y que además, aparecía cautivante y simpático.

Siguió a todo esto un gran compás de espera. Pedro Infante ignoraba lo que en su favor se estaba tramando, no creía que pudieran emplearlo para actuar en una cinta cuando de pronto, un día de junio de 1942, creo que el mero día de San Juan, fue llamado para que leyera y le dieran el *script* de la película *Jesusita en Chihuahua*.

Regresó feliz, contentísimo, al lado de su esposa María Luisa gritaba, cantaba, reía, lloraba y daba enormes saltos de júbilo.

—Vieja, viejita chula —le gritó a María Luisa León, tomándola por la cintura, llenándola de besos—, voy a trabajar en una película, voy a ser actor, voy a ser el muchacho chicho de *Jesusita en Chihuahua*.

Es justo aclarar que Antonio Badú no le consiguió ningún papel en el cine a Pedro Infante y que sólo se limitó a llevarlo a un foro cinematográfico, para que lo conociera y viera la filmación de las películas; que el Barchante jamás intervino en forma personal alguna para introducir al sinaloense ante productor alguno y que fue el mismo Pedro quien logró todo cuanto hizo dentro del cine nacional.

Con *Jesusita en Chihuahua*, se fueron para las nubes los bonos del de Guamúchil y con *Arriba las mujeres* y las demás cintas que vinieron luego, vinieron también los billetes y la fama.

Los productores trataron, desde luego, de situarlo dentro de sus planes y comenzaron a disputárselo ocasionales representantes, pero repito, era ya su representante legal mi gran amigo Jorge Madrid Campos, auxiliado por el también entranable cuate Job Morell González.

La aciaga época de hambres, de sufrimientos, de infortunio, desesperanzas y sinsabores, había terminado. Aunque en esos años no se pagaba mucho dinero a los actores ni a las actrices de cine, iba a ser suficiente para que Pedro Infante y María Luisa León vivieran con holgura.

Pedro iniciaba, así, una carrera meteórica, ascendente, hacia la consagración de todos los públicos, y desde allí, sus admiradores y admiradoras se fueron multiplicando por miles y millones, porque Pedro se identificó desde ese momento como un ídolo popular, como un hombre en el cual se veían todos los hombres del pueblo de México.

Eran días en que Pedro parecía amar a María Luisa y tenerle gratitud, porque había sido ella quien lo trajo a México y lo impulsó en el arte; con su fuerte carácter, con mimos y regañones, le había dado confianza en sí mismo, en que podía triunfar y convertirse en un astro de cine, como eran los sueños de ella. En compensación a esas hambres y esos sacrificios, Pedro procuraba ofrecerle cuanto podía y para que se diera cuenta de cuál y cómo era su "chamba", la llevó a los estudios cuando ya estaban por rodarse las últimas escenas de su primera película.



SENCILLEZ Y franqueza, además de su apostura, fueron las que le ganaron papeles protagónicos en la radio, primero, y después en el cine nacional

Lo mismo que Pedro, María Luisa experimentó una sensación maravillosa al hallarse dentro de un foro cinematográfico; llevada del brazo y de la mano, Pedro le enseñó las instalaciones, le mostró las luces, las cámaras y todos los aparatos para grabación del sonido. Fue un día inolvidable para ambos, pues María Luisa recibía algo de los frutos de su esfuerzo y dedicación y Pedro pagaba un poquito de la deuda que tenía con la mujer que creyó en él, con la que pasó los más duros y tremendos años de incertidumbres y zozobras.

Sobrevino entonces la época del extravío amoroso de Pedro Infante, y conforme crecía su fama y ganaba dinero, crecían también las tentaciones y como también dejó dicho y Pedro lo reconocía así, él era un hombre, un humano, un ser con todas las cualidades y defectos de todo mundo, con las debilidades propias de todos; Pedro Infante pareció madurar en ese ambiente, al ver las facilidades con que se le ofrecían las más bellas mujeres, al ver la puerta abierta a romances, a alegrías inesperadas y él, que había carecido de todo, que en sus sueños producto de las privaciones y las estrecheces había visto todo aquello, así, como un sueño, se abandonó en esa nube y se envolvió en el polvo de estrellas fascinantes.

¿Se puede criticar, censurar y tildar de ingrato, a un hambriento que de pronto tiene ricas y libres viandas a su alcance y las devora? ¿Se puede decir

que Pedro Infante no debió desviarse del lado de su esposa, que en la realidad, fría y certeramente, ya se estaba convirtiendo para él en un estorbo? Quién de nosotros podría, sinceramente, despreciar a cientos de beldades de las que siempre estuvo rodeado, para serle fiel a una mujer en la cual los años estaban haciendo horrible mella. No podía despreciar ahora Pedro Infante todo lo que la vida, antes amarga, le regalaba y ponía en bandeja de oro y pedrería, ni un santo se habría podido sustraer a tan dulce tentación.

Lógicamente, con la ya desviada conducta de Pedro Infante, debieron venir los llores y reproches de María Luisa León. Los celos y hasta el arrepentimiento de haberlo inducido al arte y pudo pensarse que cuando Pedro, sintiéndose vencido por la vida, quiso regresar a Guamúchil, ella debió haber aceptado, porque entonces tal vez hubieran podido ser más felices.

Pero ella se sentía a veces infeliz, a pesar de que Pedro, en cuanta oportunidad tenía, la mimaba y consentía y le hacía mil bromas y travesuras, además de que siempre le dio cuanto quería, económicamente; en cambio el muchacho de Sinaloa, ya de cara hacia su brillante destino, era feliz y estaba alegre, porque después de todo los hados eran benévolos con él, la vida se le entregaba a él, que estaba ya en camino a la admiración popular y a la idolatría.

Y es la dura ley de que paguen muchos, con desdichas, la felicidad de otros.

Estaba en filmación la película *Escuela de rateros*, cuyos interiores se rodaban en los hoy también desaparecidos estudios Clasa. Pedro Infante, si mal no recuerdo, llevaba como damita joven a la bella ex-reina de la Primavera, Rosita Arenas; tengo entendido también, que esta cinta no se terminó, quedó inconclusa por la muerte del ídolo cinematográfico.

Era el medio día y faltaba poco para que se diera la voz de "corten", para que todo el personal, técnicos y actores, se fueran a comer.

Cosa rara, muy extraña para mí, fue el hallar a Pedro sentado sobre unas tablas, ya lo he dicho antes, como confundido con los trabajadores del *staff*. Estaba solo, sin ninguno de tantos y tantos amigos que solían visitarlo en los estudios, frente a la puerta que da al Oriente, y la luz del sol iluminaba un cuadrángulo en el interior del foro. Cosa también inexplicable, el rostro siempre afable de Pedro estaba triste, cariacontecido.

—¡Qué pasa, mi Grande! —me dijo Pedro levantándose de su asiento improvisado y corriendo hacia mí—, qué bueno que viniste, porque te tengo una sorpresota.

Confieso que nunca, jamás, Pedro se mostraba muy efusivo conmigo; salvo el día de su cumpleaños o en Navidad, no nos abrazábamos, pero ese día me

ENTRE ESCENA Y
escena, mientras
espera el
llamado para
filmar, el
chamaco de
Gamúchil estudia
sus libretos...
cuando no se
trata de cantar
Amarcito
corazón



¿Quién era la esperada, Brigitte Bardot o Simone Signoret? Las rubias del foro. Una despedida que fue para siempre, la última broma y un viaje a París que nunca llegó. "Luego que termine de darme mi clase de idiomas, te la entorilo... y tú saber lo que haces"

estrechó la mano con esa dureza que él acostumbraba (el actor tenía callos por la rienda y la reata de sus caballos) y después me abrazó largamente, como si fuera aquella una larga despedida, el señalamiento de una ausencia que él ya presentía.

Por mi mente pasó un corto, breve pensamiento, que deseché de inmediato. Pedro era muy bromista; a veces le regalaban cualquier cosilla y la daba a sus amigos, a las gentes que estaban cerca de él. De seguro, me pensé, este abrazo significa el inicio de una broma, puede ser que me vaya a pasar uno de los regalos que le hacen y me abraza como si hoy fuera mi santo.

Volvimos a sentarnos sobre las tablas, de frente a la entrada del foro.

—Bueno, —le dije al sinaloense—, ¿de qué se trata,

cuál es esa sorpresota que me tienes?

—Ya lo verás, compadrito, ya lo verás, pérate tantito.

—*Es que tengo prisa, —le dije a Pedro—, nomás vine a ver cómo te portas.*

—Pérate, compadre —insistió Pedro—. Ya en su rostro se advertía la alegría que siempre le acompañó toda su vida.

—*Y esa sorpresa, ¿para cuándo es? ¿Acaso me vas a invitar a comer? Dije a manera de tirabuzón, para descubrir la clase de sorpresa que me iba a proporcionar el de Guamúchil.*

—Mira —agregó pasándome la mano por el hombro—, te voy a dar una noticia antes, pa' que la escribas en tu periódico, o en esa revista donde trabajas.

Me puse atento a las primicias, de otra de las noticias que, en exclusiva, me daba mi amigo Pedro.

Entonces me informó que los productores de sus películas estaban ya cerrando un convenio, mediante el cual iría a Francia a filmar una película, al lado de una estrella del cine francés, de mucha fama y mucha categoría.

No me quiso decir aún Pedro si era Michelle Morgan, Brigitte Bardot, Milene Demongeot o la eximia Simone Signoret, pero se trataba de una de esas estrellas y sólo faltaban pequeños detalles con los productores franceses.

El libreto estaba listo, el asunto era muy bueno y Pedro confiaba en que iba a ser un éxito y que, con esa película, se iba a consagrar y a ser conocido internacionalmente.

Me dio mucho gusto esta información; tal vez, estaba feliz interiormente y por eso me había abrazado con efusión, pensé.

Pedro Infante habló de sus planes, de sus proyectos, de la alegría que le daba pensar que iría a Francia a filmar con una actriz francesa.

—Espero que cuando ande por allá —me dijo—, me vayas a visitar. Si no te ofendes, compadrito, yo te consigo el pasaje.

Pedro hizo un ademán defensivo con los puños, como si yo fuera a atacarlo. Porque Pedro sabía muy bien que, a pesar de los largos años que llevábamos de amistad, jamás le había pedido ni aceptado un centavo, y que cuando un día me ofreció un cheque, se lo rompí, arrojándolo al suelo. Esta actitud mía le cayó bien a Pedro, acostumbrado como estaba a dar y repartir cheques y dinero a la causa de pedigüenos, de periodistas de la fuente cinematográfica, que solían extender la mano después de cada entrevista.

—*Si vas a Francia, te prometo ir a verte —le dije al muchacho de Sinaloa—, pero si me voy volando o a nado, eso será cosa mía.*

—¿Ya ves cómo eres, Grande? —me dijo, aparentando estar molesto—, luego luego te enojas. Yo decía porque podías irte de eso, ¿cómo se llama? polizón, dentro de uno de los baúles.

Pedro me preguntó la hora, para cortar aquella conversación. Cuando se la hube dicho, volvió a informarme.

—Ya no tarda en venir tu sorpresa, prepárate compadre, ya merito llega.

—*Ah, ¿pero es algo que... camina? —pregunté yo, ya un tanto desorientado.*

—Claro, y qué caminar, compadre, qué caminar, tiene un andar que deja locos a los hombres.

—*¿Es una mujer?*

—¡Adivinaste!

Fue entonces cuando me dijo Pedro Infante que ya estaba en serios preparativos para marcharse a Francia y que, para ello, estaba estudiando el idioma francés. No quería hacer un mal papel allá, entre los franchutes, quería oír lo que decían de él, comprender las conversaciones, entender las órdenes de los

cineastas y, sobre todo, no dejar la imagen de un pobre mexicano inculto.

—Como ya no va a ser sorpresa —agregó Pedro, con un completo aire de seriedad—, te diré que está viniendo aquí a los estudios una “mademoiselle”, una francesita linda, a darme clases. Y como ya sé muy bien que a ti te gustan las güeras...

—¿Es rubia tu maestra de francés? —indagué.

—Despampanante, tiene un cuerpazo que llama la atención de todos, es francesa, legítima, te lo juro y...

—¿Y qué? —volví a insistir.

—Bueno —dijo Pedro Infante todavía con gran seriedad—, tú sabes que te estimo y... pos, pos esta única vez, la estoy haciendo de tu alcahuete.

—Explicate —y mientras decía esto, ya me imaginaba a una rubia francesita, a quien Pedro me iba a presentar y de seguro me iba a obligar a que la acompañara de regreso a la ciudad.

—Pos verás, le he hablado muy bien de ti a la profesora. Ya te conoce y, pos, agárrate compadre. Dice que le caís muy bien y que aceptaría con gusto y mucho amor que la invitaras a comer y después al cine.

—¿Y cómo es que me conoce, si no la he visto nunca?

—Pos... ella sí te ha visto, varias veces. ¿No te acuerdas el otro día que se te iban los ojos con tanta rubia que había aquí en el foro?

—Sí, me acuerdo. Había muchas chicas bonitas, todas rubias.

—Pos una de esas era ella.

—Mira Pedro —le dije—, tú bien sabes que yo no tengo tipo de galán, ni soy hombre rico como para atraer la atención de una chica rubia, como esa francesa que tú dices.

—Pos yo no sé —dijo Pedro riéndose ahora—, en cuanto venga “mademoiselle” y luego que termine de darme mi clase de francés, te la entorilo, te dejo con ella en mi camerino y tú sabes lo que haces. Pero desde luego, no me vas a hacer quedar mal.

—Claro que no —prometí, en los precisos momentos en que Pedro Infante se ponía de pie y me decía con gran alborozo.

—¡Mirala, allí viene ya. Acuérdate de lo que me prometiste!

Y LLEGÓ LA DAMA

Dirigí la vista hacia la entrada del foro y descubrí, a contraluz, a una dama francesa, en efecto.

Su cuerpazo causaba la admiración de todos, no solamente de hombres, sino de mujeres, porque la dama en cuestión, la francesita rubia maestra de Pedro Infante en sus clases del idioma francés, pesaba por lo menos ¡noventa kilos...!

Era una dama rolliza, robusta en exageración, pero que le estaba enseñando al sinaloense, y éste aprendía con suma facilidad, pues tanto el saludo, como la presentación que de mí hizo el actor, fue en el idioma de Voltaire.

Naturalmente que yo jamás pensé en esperarla, en aguardar a que terminara su clase, para que Pedro, con esa su eterna vena humorística, me la endilgara, me obligara a llevarla a la ciudad, cosa ésta a la que de ninguna manera podía negarme.

Aguantando la risa, Pedro se metió a su camerino y sin cerrar la puerta sacó su cuaderno y se dispuso a iniciar su aprendizaje.

—Lo prometido es deuda —me dijo con toda la gracia del mundo—, y ya sabes lo que eres si te me rajás. Sí me rajé, lo reconozco. Pretextando ir a ordenar que le tomaran unas fotos a Rosita Arenas, me alejé, mientras Pedro pronunciaba algunas frases en francés, con gran aprobación de su maestra, con todo respeto, de más que peso completo.

Ésa fue la última vez que vi y hablé con Pedro Infante, fue su última broma para mí.

Ahora me pregunto si aquel abrazo fue un abrazo postrero, una muestra del afecto que nos tuvimos y que así lo manifestaba cuando ya en el arcano la mano invisible e ineludible de la muerte lo señalaba como su próxima víctima.

¿Presintió aquella tarde, el inolvidable sinaloense, que su fin estaba próximo?

¿Eso explicaba su tristeza, su abandono, la falta de sus amigos y su eterna alegría?

¿Qué extraño y trágico mensaje recibía el alma del ídolo de Guamúchil, en los momentos en que yo llegué a los estudios cinematográficos?

¿Fue, repito, ese abrazo suyo el adiós, el apretón de manos final para el amigo?

Sólo Dios puede saberlo.

Sólo Dios a quien cabría hacerle una pregunta: ¿Por qué volvió a negarle la luz y la vida a un hombre que apenas estaba disfrutando de ella?

¿Por qué se cortaron las alas de sus ilusiones, por qué se truncaron sus planes en esa forma inesperada?

Han pasado veinte años y aquella respetable maestra de francés, cuyo nombre no recuerdo, fue la única testigo de mi despedida del astro que jamás llegará al ocaso.



Actor y cantante nació en Guamúchil, Sinaloa y murió en Mérida, Yucatán (1917-1957). Su segundo apellido era Cruz. A los 11 años de edad estuvo enfermo de poliomielitis. Recobrada su salud, trabajó como aprendiz de carpintero. No tuvo la oportunidad de ir a la escuela. En la carpintería construyó una guitarra que luego aprendió a tocar. De los 16 a los 22 años cantó con un conjunto musical de Guasave. En 1939, ya en la ciudad de México, ingresó como cantante a la radiodifusora XEB. En 1943 empezó a grabar discos. Fueron los hermanos Rodríguez los que le dieron el impulso definitivo como actor. Se consagró con su actuación en la película *Viva mi desgracia*. Actuó en 45 filmes y mereció un Ariel por *La vida no vale nada* (1956). Se le recuerda, además por *Perjura*, *Nosotros los pobres*, *Ustedes los ricos*, *Escuela de Vagabundos* y *Cuando lloran los valientes*.